

**Homilía en la Santa Misa del Domingo de Ramos en la Pasión del Señor
S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) – 17 de abril de 2011**

Muy queridos hermanos:

En la procesión que ha precedido a esta Santa Misa hemos venido acompañando a Jesús, imitado a aquella multitud de hombres, mujeres y niños que le acompañaron en su entrada en la ciudad santa de Jerusalén. También nosotros le hemos aclamado como Rey, como Mesías, Redentor y Salvador nuestro.

Hoy nuestra mirada de fe se dirige hacia Jerusalén, sí. Pero para comprender el verdadero significado de la entrada triunfante de Jesús en la ciudad santa hemos de considerar un detalle muy importante: Jesús entra en la ciudad a lomos de un asno, es decir, a lomos del animal propio de la gente sencilla del campo; además lo hace sobre un asno que ni siquiera le pertenece pues lo ha tomado prestado para la ocasión. Jesús cumple así lo anunciado por el profeta Zacarías: *“No temas, hija de Sión; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna”* (Jn 12, 15; cf. Za 9, 9) El profeta Zacarías habla del Rey venidero como el rey de los pobres, el pobre entre los pobres y para los pobres, entendiendo la pobreza y el término “pobre” en el sentido de la primera bienaventuranza del Sermón de la montaña: aquél que vive sin apegos mundanos, sin ansias de poder ni de riqueza, con total libertad interior frente a todo para encontrar en Dios la verdadera riqueza.

Este Rey que viene montado en un borrico es un rey que será rey de paz: hará que desaparezcan los carros de la guerra y los caballos de batalla, romperá los arcos y anunciara la paz. Pero sabemos bien que Cristo se convierte en Rey desde la Cruz constituyéndose, de este modo, en ese Rey de paz que -con su muerte- reconcilia y pacifica a todo el género humano. Sí, consideremos siempre que la única arma que Jesús pone en nuestras manos es la Cruz, signo de reconciliación, signo del amor que es más fuerte que la muerte. Este Reino de paz inaugurado por el Cristo se extiende de mar a mar, hasta los confines de la tierra; se trata, pues, de un Reino universal.

Estas tres características del reino (pobreza, paz y universalidad) son las que expresa Jesús entrando en Jerusalén montado a lomos de una borriquilla. Pero será en la Cruz donde mejor queden resumidas pues ésta, la Cruz, se convertirá en el auténtico trono de este Rey -que es Cristo- que muere en ella por la salvación de todos los hombres y la pacificación de todos los pueblos.

En el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, hermanos, celebramos la exaltación y la humillación de Cristo, su gloria y su Cruz. En los santos días venideros, que con esta celebración inauguramos, se nos va a manifestar que la Cruz es el gran “sí” de Dios a la humanidad, el verdadero árbol de la auténtica vida que los hombres podemos conseguir si la entregamos por amor como Él hace en el madero santo. Lo hemos escuchado en la historia del relato de la Pasión ahora mismo... a ello nos invita esta historia de amor, me atrevería a decir que la historia más grande de amor jamás contada.

En esta mañana, con la celebración de la entrada de Jesús en Jerusalén, comenzamos la Semana Santa, la Semana grande para los cristianos, en la que reavivaremos el actual recuerdo de la historia más grande habida de amor de Alguien que entrega su vida por la salvación de los hombres, porque ésa es la voluntad de su Padre.

Os exhorto, con todo cariño, a que en esta Semana Santa nos acerquemos con verdadera veneración a contemplar y meditar la Pasión del Señor para sentir el precio que Él satisfizo por nuestra redención y agradecerle al Señor todo lo que fue capaz de hacer por nosotros únicamente por amor. ¡Nos amó y se entregó por nosotros!

Pero, además, la historia de la Pasión que en estos días vamos a contemplar se *convierte* en esta Semana Santa en expresión de fe a través de los oficios litúrgicos, y en piedad popular a través de las procesiones, pasos procesionales e imágenes para la devoción. Amanece, así, el alma de un pueblo que cree, reza, sufre, llora, canta y - finalmente- resucita. Ojala todo ello nos ayude a vivir el verdadero sentido de esta historia de amor. Ojala al contemplar en el Crucificado y el Resucitado el amor de un Dios que ha sido capaz de entregarse por nosotros hasta la muerte, y una muerte de Cruz, seamos capaces de imitar en la vida sus mismas actitudes y, sobre todo, su mismo amor.

Hermanos ¡cuánto hemos de agradecer a Cristo Jesús tanto amor como nos ha demostrado con su entrega! Que resuenen en estos días, y siempre, estas palabras: “*Os amó y se entregó por vosotros*” (Ef 5, 2) como dirá San Pablo en sus Cartas a los Gálatas y a los Efesios.

En estos santos días no cesemos de contemplar al Resucitado para sentirnos llamados por Él a resucitar también nosotros a una vida nueva según Dios, siguiéndole por el camino de la Cruz y por el camino de la luz, sabiendo morir a nuestro pecado para resucitar a la vida nueva del Espíritu. Vivamos, queridos hermanos, con hondura de fe la celebración del Triduo Pascual; hagámoslo de una manera sacramental y litúrgica en el templo, y de una manera figurativa y plástica en las calles y plazas de nuestros pueblos y villas. Contemplemos a Cristo aclamado como Salvador y como Rey

¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna al que entrega su vida por amor a los hombres para que todos podamos ser salvos, para que podamos resucitar con Él! ¡Gracias, Maestro y Señor, pues nuestra vida ha sido rescatada de la muerte y del pecado por medio de tu entrega en la Cruz! Amén.